

la *lenta pero continua* evolución de nuestra bendita sociedad hacia las ollas del ultramontanismo.»

XXI

Tratábamos una mañana Segis y yo de esta interesante y hasta cierto punto divertida mudanza, cuando se llegó á nosotros la Condesa de Casa Pampliega cargada con un rimero de polvorientos librotos, que puso sobre un velador, diciendo: «Mi marido, que en gloria esté, heredó de su hermano Ramón la mar de libros viejos que yo he conservado largo tiempo en la bohardilla, entre los montones de trastos inservibles. Ayer mandé á Micaela que los bajase para dárselos al trapeero con unos miriñaques míos, y los bragueros y otras prendas de mi difunto. Pero cuando la chica y yo quitábamos la mugre á los librachos, pensé que estos mamotretos son muy del gusto de don Antonio Cánovas, el cual tiene en su casa gran acopio de ellos y los cuida como á las niñas de sus ojos. Se me ha ocurrido que debo, no vendérselos, sino regalárselos, pues seguramente estimará mucho el obsequio. Si te parece bien, Segismundo, lléváselos tú mismo y ofrecéelos en mi nombre, poniendo en cada uno tarjetas de las nuevas que ayer me trajiste con mi nombre, título y corona condal.»

A esto dijo García Fajardo con agria displicencia, que aunque él se dejaba llevar del

curso evolutivo de las aguas sociales, no tenía maldita gana de presentarse á don Antonio, ni á ningún otro fantasmón de la ganadería conservadora. En tanto, yo levantaba las tapas de pergamino para ver los títulos de aquellos vetustos infolios, y leí los rótulos que siguen: *Diversas fazañas y Tractado de los rieptos y desaflos*, por Mosén Diego de Valera, cronista de la Reina Católica.—*Memorial en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*, por Alfonso Carranza (Madrid 1640).—*Clavellinas de recreación*, por Ambrosio de Salazar (Ruan 1614).—*Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastre*, por Martín de Andújar (Madrid 1640).—*Diálogo de la verdadera honra militar*, por don Hierónimo de Urrea (Venecia 1566), y otros rarísimos títulos, entre los cuales distinguí el de la obra del Reverendo Padre Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, *Tractados de la mesa, del vestir é calçar é de la mormuración*.

Examinados los libros, dije á doña Segismunda que no tenía yo inconveniente en ofrecer á don Antonio las obras con que la señora Condesa le obsequiaba. Dos veces había visitado yo á Cánovas y sin duda me acogería con agrado, pues á pesar de su fama de mal genio era hombre cortés y de cortésana educación. Conformes hijo y madre en darme credenciales de embajador de los Casa Pampliega cerca del Presidente del Consejo, me personé en el número 2 de la calle de Fuencarral el segundo domingo de Advien-

to, 5 de Diciembre, porque me constaba que las mañanas de los días festivos pasábalas el gran don Antonio en el recreo de su magnífica biblioteca. Recibióme con gran displicencia el famoso criado Ramón, dándome á entender que era notoria osadía intentar acercarse al Presidente sin traer etiqueta ó marchamo de personaje muy calificado de la Situación. Con risita guasona levanté el papel que era envoltura de los librotos, para que Ramón viese el título con que yo pretendía ser llevado á la presencia del grande hombre. En cuanto el fámulo vió los arrugados pergaminos, desarrugó el entrecejo y me dijo:

«¿Viene usted á vender al señor sus libros?

--No, no. Vengo á regalárselos de parte de la Excelentísima señora Condesa de Casa Pampliega. Son obras muy raras, y pienso que algunos de estos incunables no figuran en la biblioteca del Presidente.»

Suplicándome que esperase un momento se internó Ramón en la casa, para anunciar á su amo la visita de un bibliófilo. Instantes después me encontraba en la presencia del insigne político y erudito historiógrafo. Había yo entrado con cierto temor en la morada del estadista, pensando que mis anteriores visitas *al monstruo* fueron fantásticas, obra de mi desbordada imaginación ó artificio dispuesto por las *Efémeras* obedientes á misteriosos dictados de mi divina Madre. Contra lo que yo esperaba, don Antonio me reconoció al instante, y con llaneza y afecto me dijo:

«Hola, señor Liviano... Mucho gusto en verle... ¡Ah! ¿libritos viejos? ¿También parece usted mi chifladura? Veamos, veamos qué es eso.»

Con ágil mano alzó Cánovas las tapas de los volúmenes para examinarlos, y al llegar al de Fray Hernando de Talavera, exclamó lleno de júbilo: «¡Ay... esto no lo tengo, no lo tengo! Conocía la obra por citas que de ella hacen otros autores... *Tractados de la mesa, del vestir é calçar é de la mormuración*. Es un libro interesantísimo. ¡Cuánto lo agradezco!... Los demás que me trae usted creo que los tengo todos, menos éste: *Carro de las donas*, por Fray Francisco Ximénez, Obispo (Valladolid 1542)... ¡Ah! Tampoco poseía este otro: *De las cosas que traen de las Indias que sirven al uso de la Medicina*, por Monardes (Sevilla 1569)... En cambio poseo una edición lindísima del *Libro del arte de las comadres*, por Damián Carbón, y dos ejemplares, uno de Venecia y otro de Amberes, del *Diálogo de la verdadera honra militar*, de Hierónimo de Urrea... Dificilmente podrá usted traerme una obra de arte militar que yo no tenga... Déme usted ahora las señas de la señora Condesa de Casa Pampliega, que quiero ofrecerle personalmente mis respetos, y darle las gracias por su valioso regalo.»

Pensaba yo en el loco entusiasmo de la vanidosa doña Segismunda al saber que sería visitada por el Presidente del Consejo, cuando éste, reteniéndome con bizarra cortesía, se dignó mostrarme los primores de su rica

biblioteca. Vi preciosos incunables, manuscritos de inmenso valor, y los cuadernos de las Cortes de Castilla, Aragón, Valencia y Navarra, con las pragmáticas y cédulas reales emanadas de sus acuerdos. Convencido regalista, Cánovas puso ante mis ojos un verdadero tesoro diplomático y bibliográfico de las cuestiones habidas entre España y Roma desde los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, hasta Felipe V y Carlos III.

A propósito de esto, entablamos una conversación, iniciada por él gallardamente. Sentados junto á la gran mesa central del salón de la biblioteca, don Antonio me honró más de lo que yo merecía, oyendo mis opiniones sobre la independencia del poder civil. Orgullosa de la gentileza con que me hablaba, considerándome equivocadamente como historiador de la actualidad palpitante, me atreví á expresar esta idea:

«¿Y qué me dice usted, señor don Antonio, de la irrupción de los frailes expulsados de Francia por las leyes y edictos del pasado Noviembre?»

—Reconozco la gravedad del problema que se nos presenta—me contestó Cánovas, mordiéndose el bigote y afirmándose los lentes sobre el caballete de su nariz.—Pero ha de reconocer usted, como historiador imparcial, atento á la circunstancialidad de las cosas públicas y á la estructura interior de cada partido, que yo no soy el llamado á cerrar el paso á la caterva de regulares despedidos de Francia. Por ahí se dice que los constitu-

cionales, llamados ahora fusionistas, verán calmada muy pronto su impaciencia por gobernar á la Nación. Créame usted: no encontrarán en mí esos señores la menor resistencia para sustituirme en el puesto que ocupo. Dos cosas deseo: el descanso mío, y ver el estreno del nuevo partido en las funciones del Gobierno. Si Sagasta no reniega de su historia, su primer cuidado al llegar al poder será poner diques á la inundación frailesca, ateniéndose estrictamente á la letra del Concordato. Cada cual debe permanecer en su terreno propio, gobernando conforme á sus ideales y á sus compromisos. La realidad histórica, el carácter y sentido de las fracciones políticas que me han dado su apoyo para consolidar la Restauración, me impiden realizar con acento vigoroso la política regalista. Sagasta es el llamado... ¿no lo cree usted así?»

Con expresivas cabezadas asentí á las observaciones del Presidente, el cual siguió mostrándome curiosos ejemplares de su soberbia librería. Cual padre amoroso encariñado con sus tiernas criaturas, me presentó el precioso incunable *Coronación de D. Iñigo López de Mendoza y coplas de Juan de Mena*, editado en 1489. Después admiré el *Doctrinal de Caballeros*, del Obispo de Burgos don Alonso de Cartagena, impreso en 1487, fijándome en las anotaciones que el propio don Antonio puso en las guardas de tan interesante y arcaico libro. Vi también la *Invención liberal y arte del juego de axedrez*, por Ruy López de

Segovia, clérigo, *vecino de la Villa de Çafra*, dado á la imprenta en Alcalá de Henares el año 1561, y otras joyas preciadísimas del arte de imprimir en los siglos xv y xvi.

En este punto hirió mi olfato un fuerte aroma de tomillos. ¿Eran los tomillos del monte Hymeto?... Creí entrar en la esfera de las alucinaciones: al olfato se agregaron los ojos haciéndome ver una figura de mujer, arrogante, de luengos paños negros vestida, que de las estanterías sacaba los libros para ponerlos en las manos del poseedor de tanta riqueza tipográfica. Entregado de lleno al trastorno de mis sentidos ó á la percepción del vidente que explora el mundo ultraterreno, reconocí á mi excelsa Madre que hacía el servicio de auxiliar bibliotecaria. *Mariello* clavó en mí una mirada de fuego, transmitiéndome los pensamientos que literalmente traslado:

«Toda esta ciencia arcaica y este fárrago que tuvieron su porqué y sazón en siglos remotos, ¿le sirven al buen don Antonio para consumir y sutilizar sus artes de estadista y gobernador de los Reinos hispanos, ó sería el mismo sujeto, que descuella hoy al frente de los negocios públicos, si estuviera privado del continuo trato con los treinta mil volúmenes que adornan las paredes de esta noble vivienda? Las venerables antiguallas de arte de guerra, y de las armas é ingenios militares de tiempos remotos, ¿ayudan al conocimiento y régimen de los Ejércitos de nuestros días? Voy creyendo que esto no es más que

un bello delirio de coleccionista, ávido de gozar tesoros raros no poseídos por otro alguno, monomanía que satisface los amores de la erudición platónica, con poca ó ninguna eficacia en el arte de aplicar las sabidurías trasnochadas al vivir contemporáneo.»

Llegó el momento de despedirme del patriarca de la Restauración, el cual me reiteró su afecto, invitándome á repetir mis visitas en su casa ó en la Presidencia, donde esperaba recibir poco tiempo más.

Al salir yo de la biblioteca repitiéronse los fenómenos peri-espirituales, pues si no me engañaron mis ojos, la divina *Clio*, gallarda y bien oliente, despidiendo de su ropaje el aroma de las hierbas del monte Hymeto, me condujo de la mano hasta el vestíbulo, entregándome al celoso guardián de su Excelencia, conocido en el mundo político por su nombre de pila.

Ramón, más complaciente á mi salida que á mi entrada, me abrió la puerta, y tranquilamente descendí la escalera, satisfecho de haber aumentado el tesoro bibliográfico de don Antonio Cánovas del Castillo.

XXII

En la calle me esperaba Casiana, algo inquieta por mi tardanza.

«Ya sabes—me dijo—que doña Segismunda está en ascuas por saber cómo ha recibido

este buen señor los librotos del tiempo de *Maricastaña*. ¿Nos volvemos allá?

—No—repliqué.—Vámonos calle arriba para que se me despeje la cabeza. Estoy un poco mareado de ver infolios y legajos, que a mi parecer no sirven más que para llenar de telarañas el entendimiento... Nos llegaremos hasta la *Era del Mico* ó el *Campo del Tío Mereje*, y confortaremos nuestros cuerpos ateridos con la benéfica luz del sol. No nos faltará espacio para pasear á gusto y charlar sabrosamente cuanto nos dé la gana.

—Por esos lugares no me lleves, Tito—indicó mi Casiana un tanto medrosa.—Allí se reunen las brujas, según me has dicho, y yo no quiero trato con esa caterva.

—No temas nada, chiquilla—le respondí riendo.—Una mujer ilustrada como tú no debe asustarse ante las viejas carroñas que, ya cabalgando en sus escobas, ya montadas una sobre otra, acuden á la cita del Gran Cabrón. Fíjate además en que los aquelarres son funciones esencialmente nocturnas, y á estas horas, en pleno mediodía, no hay que temer las visitas de las almas del otro mundo ni de las vejanconas puercas que hociquean con el diablo.

—Pues vamos allá, que aunque no tengo la debida ilustración, donde tú estés yo no me asusto de nada.

—Muy bien. Pero no me niegues la verdad de tu cultura, Casiana mía, que anoche bien te luciste en la tertulia íntima de la señora Condesa, cuando contendías discreta-

mente con aquellas dos damas de la aristocracia *que acaba de salir ahora*, una de las cuales soltó el disparate de que los Reyes Católicos eran los padres de Felipe II y de Fernando VII.

—Fué la que llaman Marquesa de San Epifanio la que echó de su bonita boca ese garrafal desatino. Yo no me atreví á corregir la más que con una frase por tabla, y tú remataste la suerte. La otra, señora muy entonada, que se enriqueció con el comercio de petróleo, lleva el apellido de Cucúrbitas, es muy redicha y punto fuerte en las modas del vestir, y no se le escapa ninguno de los requilorios y perendengues que *ahora se llevan*. Sus lindas niñas se educan en el Sagrado Corazón.

—Donde aprenden Catecismo á todo pasto, nociones incompletas de Aritmética y Geografía, mascullar el francés, un machaqueo de piano para romper los oídos de toda la familia, y etiquetas y saluditos á estilo de *París de Francia*... Al cuidado de los buenos Padres, éstos aguardan á que las educandas sean señoras para meter las narices en sus hogares, adueñándose del marido y de los hijos, y por fin, esperan cachazudos y tenaces á que se hagan viejas idiotas para quitarles todo lo que tienen.

—Así es y así será. Y ahora te digo que la de San Epifanio anda muy á la cola en ortografía. Ayer vi casualmente una tarjeta que escribió á doña Segismunda, en la cual noté que pone hombre sin hache y ayer con ha-

che y elle. La de Cucúrbitas dice *ivierno, ferroscarriles y Espirituisanto*.

—Ya lo ves, Casianilla: con lo poquito que tú sabes eres muy superior á esas señoronas hartas de dinero, que nos miran á nosotros por encima del hombro. Compárate, y verás bien clara tu superioridad. Vuelve la vista al pasado, y te harás cargo del inmenso adelanto que has conseguido desde que te saqué de la abyección y la miseria para elevarte hasta donde ahora te encuentras. Ido te enseñó á leer y escribir, y entre ese buen hombre y yo te dimos las nociones elementales con que apareces superior á todo este señorío hecho de pronto que sólo brilla por el oro ganado sabe Dios cómo.»

Andando, andando, y cuando íbamos frente al Hospicio, pasó junto á nosotros rapidísima una figura de mujer, que me tocó en el codo y siguió su camino con la velocidad del viento. De lejos me miró sonriente: era una *Efémera*. No bien rebasamos el terreno antaño llamado los *Pozos de Nieve*, donde á la sazón se construían hermosas casas, pasaron con loca presteza y travesura, no una, sino dos ó tres *Efémeras*, rozándome con dedos ligerísimos como para hacerme cosquillas. Desaparecieron delante de nosotros, perdiéndose entre los grupos de transeuntes, y dejando tras sí ecos de risas livianas y de interjecciones burlescas.

En estos prodigios del orden quimérico no se fijó Casiana, y sí lo hizo con atención discreta en que era la hora de comer y debíamos

volvemos á casa. Aferrado á una idea tenazmente alojada en mi cerebro, propuse hacer rabona en nuestra hospedería, y retrocediendo algunos pasos nos metimos en el bodegón llamado *La Criolla*. Pedimos para sustentarnos dos raciones de *batallón*, un besugo, vino y café.

O yo me había vuelto tarumba, ó en una mesa no distante de la nuestra estaban dos *Efémeras* vestidas de negra túnica, manducando tortilla con jamón, á la que siguieron sendas raciones de pepitoria. En lo restante del local almorzaban tranquilamente hombres y mujeres, sin reparar en las fantásticas hembras que eran tal vez proyección de mis alborotados pensamientos.

Mientras comíamos con buen apetito, di á Casiana una lección de Historia, enlazando, como es uso y costumbre de todo buen narrador de las cosas públicas, lo presente palpitante con lo pretérito fosilizado ya en las capas geológicas del Tiempo.

He aquí fielmente copiados mis pinitos históricos: «Nuestra respetable amiga doña Segismunda, la Marquesa de San Epifanio, la de Cucúrbitas y otras tales, están locas de contento con la venida de los frailes que, lanzados de las Galias á puntapiés, pasan la frontera esperando encontrar aquí comederos bien provistos por la piedad española. Esas y otras damas de la misma flaca mentalidad, se aprestan á rascarse el bolsillo para favorecer á los inmigrantes consagrados al servicio de Dios Nuestro Señor. Doña Segismunda

entendiendo que no se correrá mucho, porque es larga en el prometer y muy encogida en el dar. Otras señoras, las antes citadas así como las Emparanes, Zuredas y Landazuris, serán algo más pródigas en el socorro de la frailería galicana. Pero todas ellas juntas no llegarán a la inaudita magnanimidad de la eximia Duquesa de Pastrana, que ha legado íntegramente los cuantiosos bienes raíces, urbanos y suntuarios de su ilustre Casa, opulenta rama del árbol del Infantazgo, á los caballeros de Loyola. Esta sacra y militar Orden ha venido á ser casi tan poderosa como el Estado mismo.

»Constituyen el cuantioso donativo el soberbio Palacio donde moró Napoleón I cuando vino á poner sitio á Madrid en Diciembre de 1808, inmensos terrenos de labor y de monte en el término de Chamartín de la Rosa, donde ya se trata de formar una población suburbana, otro palacio en la Plaza de Leganitos esquina á la calle de los Reyes, las casas de la calle de Isabel la Católica y de la Flor Baja, fincas rústicas en la provincia de Guadaluajara, una millonada en riqueza mobiliaria y muchos cuadros de mérito, entre los cuales había uno de Rubens, muy famoso, que los felices herederos vendieron á Rostchild en tres millones de reales.

—¿Pero esa señora—dijo Casianilla espantada—no tenía parientes á quienes legar su riqueza?

—Sí que los tenía. A unos sobrinos, no sé si en segundo ó tercer grado, les favoreció la

Duquesa con piadosas mandas para que no les faltase un cocido. No hizo más la señora por la prisa que tenía en subir al cielo para recoger el galardón de su extremada santidad. Los ignacianos, caballerosos y caritativos en este caso, determinaron educar gratuitamente á los hijos de la olvidada parentela, y á una sobrina de la santa testadora quieren casarla con un caballero chileno muy rico, para que todos queden contentos.»

Despachado el *batallón*, y antes de emprenderla con el besugo, proseguí mi leccioncita con el siguiente paralelo histórico, que á mi parecer no carece de enjundia: «Recordarás, Casianilla de mis entretelas, que cuando comencé tu educación hice que te fijaras en las correrías de diferentes pueblos por el territorio de esta península. Bien enterada quedaste de la entrada de los fenicios, de los romanos, de los cartagineses, de los visigodos, y por fin, de los árabes. Luchó la primitiva raza española con tales pueblos, sin lograr impedir que ocuparan y explotaran una parte ó el todo de nuestro suelo durante años, lustros ó siglos. Determinan dichas ocupaciones las diferentes etapas ó períodos históricos de España. Pues bien, el regalo que ha hecho la Duquesa de Pastrana á los caballeros de San Ignacio, marca el dominio de éstos en el solar hesperio por un lapso de tiempo que nadie puede precisar. En la santísima dama linajuda y generosa tienes otro Midácrita, otro Asdrúbal, otro Sertorio, otro Ataulfo, otro Tárik, y ella nos trae una nueva intrusión

de gente, á la cual habrá que vencer y despedir como fueron vencidos y mandados á paseo los anteriores bárbaros.

»Presumo yo que los guerreros de la faja negra, traídos ahora por una dama, cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido, extenderán su dominio á todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando á las generaciones nuevas, interviniendo la vida doméstica, y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará á una fácil conquista. Preparémonos, ¡oh Casiana de mis pecados!, y pues sufrimos esclavitud, seamos cautos y comedidos con nuestros dominadores, hasta que llegue, si es que llega en vida nuestra, el momento de darles la zancadilla. Cuando salgamos de paseo y nos encontremos con un ignaciano, yo me quitaré el sombrero y tú darás una discretísima cabezada en señal de aparente sumisión, rezongando para nuestro sayo: *Adiós, Reverendo, vive y triunfa, que ya te llegará tu hora.*»

XXIII

Mientras tomábamos café salieron presurosas las dos *Efémeras*, y una de ellas, en quien creí reconocer á la que me dió la pluma milagrosa en la plazuela de Santa Ana, dijo,

tocándome en el codo: «Aprisita, que es tarde»... Al pasar las dos rapazuelas del bodegón á la calle, advertí que sus flotantes túnicas se trocaron de negras en verdes.

Reparadas las fuerzas con el sabroso condumio, Casiana y yo seguimos paseando. Nuestra lenta y maquinal andadura nos llevó por los *Pozos de Nieve* y la antigua Ronda de Santa Bárbara hasta encontrarnos, sin saber cómo ni por qué, en el *Campo del Tío Mereje*, lugar asoleado y polvoriento que en verano suele ser invadido por los jayanes que apelean alfombras, y en todo tiempo es academia donde los maestros de tambor enseñan á los quintos el paso redoblado, el paso lento, y demás fililíes del sonoro parche guerrero.

Al llegar nosotros al egido, que antaño debió ser Eras de Madrid, vimos tan sólo unos hombres que machacaban cañas para tejer cañizos de cielo raso. Nos entreteníamos en contemplar aquella ruda faena cuando Casianilla, mirando al cielo, exclamó asustada: «¡Cristo bendito! ¿No ves el sin fin de aves que giran en el aire trazando círculos con aleteo y greguería infernal? Parece que bajan hacia nosotros. ¿Serán éstas las brujas, que de día vienen á reconocer el lugar donde han de reunirse por la noche en juntas y concilios demoniacos?»

Alcé yo mis ojos al cielo y dije á mi amiga: «No son brujas, Casiana. Son las *Efémeras*, espíritus mensajeros de lo que en el mundo llamamos la Actualidad. Traen y llevan el suceso del día. Aquí se congregan